

gación. Muchas casas, principalmente las de los pobres, se derrumbaron, y no pocas familias tuvieron que vivir largo tiempo, día y noche, dentro de las mismas embarcaciones.

Los anales jeroglíficos de los *mexica* consignaron el suceso de una manera gráfica. Dicen que hubo á la vez que abundantes lluvias copiosas nieves, lo cual significaban pintando un campo de puntos con el signo de gotas de agua: ésta subió hasta cerca de la copa de los árboles, y dos cadáveres que se ven pintados indican la gran mortandad que hubo. Se ve también en el agua una ave de la laguna, «como para manifestar, dice el Sr. Chavero, que ciudad y lago se unieron.» Al lado del *teocalli*, el símbolo del mes *Panquetzalistli* indica que en este mes acaecieron los sucesos. Por último, se encuentran: arriba de los jeroglíficos de los años, la representación del rey Motecuhzoma de México, y abajo hacia la derecha la de Netzahualcoyotl, rey de Tetzaco, sentados en sus *icpallis*, y cada uno con el jeroglífico de su nombre. (1)

«En efecto, refiere Fr. Juan de Torquemada, Motecuzoma embió al Rey de Tetzaco sus mensageros, porque sabia que era hombre de mucha razon y buena inventiva, para cualquiera cosa que se ofrecía, pidiéndole acudiese á dar alguna traza para que la Ciudad no se acabase de anegar, porque ya estaban arruinados y caidos muchos de sus edificios.»

«Netzahualcoyotl, agrega el mismo cronista, que sentia esta ruina como si fuera en su propia casa, vino con presteza á México, y trató con Motecuhzoma, que el mejor y mas eficaz remedio del reparo era hacer una cerca de madera y piedra, que detuviese la fuerza de las aguas, para que no llegasen á la Ciudad, y aunque pareció caso dificultoso, haber de atajar el lago (como en realidad de verdad lo fué), viendo que por otra parte era el eficaz remedio, hubo de tomar el consejo, y poner en ejecucion la cerca.»

Llamaron para que les ayudasen en la obra á Tototihuatzin, señor de Tlacopan; á Xilomatzin, señor de Culhuacan, á Cuitlahuatzin, señor de Itztapalapan, y á Chimalpopoca, señor de Tenayucan; los cuales todos juntos comenzaron la construcción de la albarrada.

(1) CÓDICE TELLERIANO REMENSIS apud. Kinsborough, vol. 1.º parte 4.ª pág. 7. El mismo jeroglífico está contenido en el CÓDICE VATICANO, vol. 11.º pág. 110.

Unánime es la opinión en elogiar aquella obra ideada por el gran ingeniero indígena Netzahualcoyotl.

Torquemada dice, hablando de ella, «que cierto fue hecho mui heroico, y de coraçones valerosos intentarla, porque iba metida casi tres cuartos de legua (la albarrada), el Agua dentro, y en partes mui honda, y tenia de ancho mas de cuatro braças, y de largo mas de tres leguas. Estacáronla toda mui espesamente, las cuales Estacas (que eran mui gruesas), les cupieron de parte á los Tepanecas, Coyohuaques y Xochimilcas; y lo que mas espanta es, la brevedad, con que se hiço, que parece que ni fué oida, ni vista la Obra, siendo las Piedras con que se hiço todo, de guijas mui grandes, y pesadas, y traiendolas de mas de tres, y cuatro leguas de allí: con que quedó la Ciudad por entónces, reparada, porque estorvó, que el golpe de las Aguas salobres, no se encontrase con esotras dulces, sobre que estaba fundada la Ciudad. Mostrose en esta Obra Neçahualcoyotl, mui valeroso, y no menos esforçado Motecuhçoma, porque ellos eran los primeros, que ponian manó en esta Obra, animando, con su ejemplo, á todos los demás Señores, y Macchuales que en ella entendían.»

Elogiando esta obra, primera que se emprendió para defensa de la ciudad por consejo y bajo la dirección de Netzahualcoyotl, dice el Señor D. Francisco de Garay, que este «dique gigantesco partia de Atzacolco al Norte, se dirigia en linea recta al Sur hasta Itztapalapan al pié del cerro llamado de la Estrella.»

«Esta obra admirable, agrega, construida de piedra y barro y coronada de un fuerte muro de mamposteria, se hallaba defendida por ambos lados, por una fuerte estacada que rompía las olas y tenia una extension de 16 kilómetros. Mediante ella el gran lago quedó dividido en dos partes; la mayor al Oriente, tomó el nombre de lago de Texcoco, por hallarse esa Ciudad en su margen; la menor al Poniente se llamó lago de México, por tener á la Capital envuelta en sus aguas por todos lados. Pero de esta combinacion resultó para México un conjunto de bienes inapreciables. El gran lago, como todos los lagos que no tienen salida para sus aguas, era salado, no obstante el caudal de todos los rios que en él derramaban, ó más bien debido á ese caudal mismo, que traia



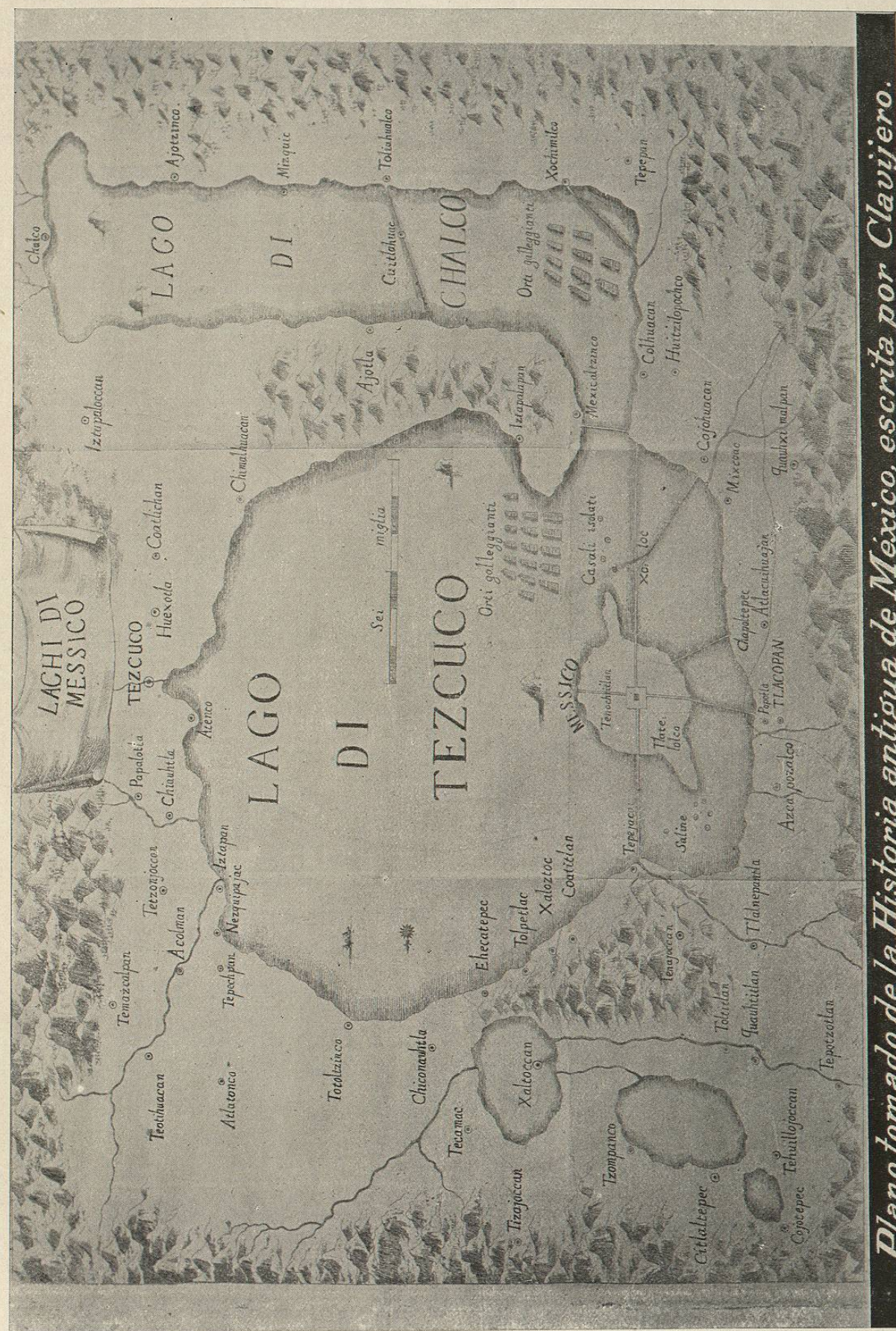
en su corriente las sales solubles que las aguas roban á las tierras en lluvias sobre sus vertientes. Esas aguas saladas, saturando las tierras, las esteriliza poco á poco. Además, cargadas de carbonato de soda y de mil impurezas, son impropias para la vida animal, al grado de no poder vivir los pescados en ellas, ni ahora, ni en tiempos ya de la conquista, según lo afirman los cronistas de la época, no obstante que en aquella fecha esas aguas eran ménos salobres. Ahora bien, como los lagos de agua dulce del Sur vertían su excedente sobre el lago de México por el estrecho de «Culhuacan y Mexicaltzingo», esas aguas se extendían en el lago Occidental ó de México, y lo llenaban por completo, separadas del lago salado por el gran dique de Netzahualcoyotl. De este modo el vaso de agua dulce se convirtió en vivero de pescados y en nido de toda clase de aves acuáticas. Las chinampas cubrieron su superficie separadas por *espejos* que podían surcar canoas ligeras, y todos los barrios de la encantadora capital eran verjeles floridos.» (1)

La albarrada de Netzahualcoyotl tuvo también el mérito de las dificultades que hubo que superar para su construcción, pues los indios tetzcoanos, que en número de cerca de 20,000 trabajaron en ella, tuvieron que hacerlo dentro del agua, y en muchos lugares á profundidad grande.

La albarrada ó dique de los indios tenía sus compuertas, que se abrían en la estación de secas, para verter las aguas dulces en el lago de Tetzoco. Lo contrario, cuando las aguas salobres aumentaban de tal manera que superaban á las interiores del dique, se cerraban las compuertas, y los dos lagos quedaban incomunicados entre sí.

No fué la albarrada ó *albarradón viejo* de Netzahualcoyotl el único baluarte de defensa que los indios ejecutaron contra las inundaciones; á medida que las necesidades se los indicaron, construyeron diques y compuertas para impedir la invasión de las aguas del Sur en Mexicaltzingo y en Tláhuac, dividiendo así el lago de esta región en dos, conocidos con los nombres de Chalco y Xochimilco, aunque á costa de los pueblos de Chalco, Mixquic, Cuitla-

(1) D. FRANCISCO DE GARAY, *El Valle de México, apuntes históricos sobre su hidrografía*, págs. 13 y 14.





huac, Xochimilco y Culhuacán, pues las fuentes ú ojos de agua que brotan en el fondo de esos lagos ó á orillas de ellos, aumentaron el volumen contenido en sus vasos al ser represadas las aguas, y éstas tendieron á ocupar las partes bajas y á inundar los citados pueblos, entonces de mayor importancia que ahora.

Empero, la gran Tenochtitlán, dominando todo con su poder que cada día aumentaba más, llegó á enseñorearse de los lagos, como lo había hecho con los señoríos, y tranquila gozó de las ventajas que le proporcionaban las obras hasta allí ejecutadas para conjurar el peligro de las inundaciones.

Así transcurrieron cincuenta años, hasta que la imprudencia de uno de sus monarcas, grande por sus empresas y grande también por sus tiranías, la puso en peligro inminente, desoyendo como todos los déspotas los consejos que le diera la prudencia previsor.

Era el año *VII ácatl*, correspondiente al de 1499 de la Era vulgar, cuando acaecieron los sucesos que vamos á referir en seguida, manifestando que seguimos esta fecha dada por el Sr. Orozco y Berra, porque está de acuerdo con las pinturas jeroglíficas y los anales escritos por los indios. (1)

Gobernaba entonces como octavo monarca de Tenochtitlán, el célebre Ahuitzotl, quien notando que toda la hermosura y fertilidad de la ciudad dependía del agua, y no siendo suficiente la que venía de Chapultepec, ni para el consumo de la población, ni para regar los muchos huertos y jardines que embellecían las casas, ni para las acequias ó canales que careciendo del líquido elemento no podían por ellos navegar las canoas tan necesarias para el comercio, concibió el proyecto de traer el agua de otros manantiales.

Consultado el caso con los grandes y los que entendían y gobernaban la república, todos fueron de parecer que se trajese el agua, y al efecto envió el emperador Ahuitzotl dos mensajeros al señor de Coyoacán, para que dejara introducir el agua que brotaba en los manantiales que estaban en sus dominios, y esto lo hizo Ahuitzotl por cortesía, pues bien pudo disponer aquello sin solicitar licencia de aquel señor, que le estaba sujeto.

(1) D. MANUEL OROZCO Y BERRA, *Historia Antigua y de la Conquista de México*, tomo III, nota á la página 418.